

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

PAREDES PARDO, JAIME. *Colombia, historia y estampas*. Bogotá, Antares. Tercer Mundo, 1966. 208 p.

"'Lo que está bien escrito, es una obra de arte', ¿significa esta afirmación que un anuncio o una noticia bien escritos son también poesía?"

Georg Lukacs.

Desde las páginas literarias de un periódico bogotano tuve la oportunidad de exponer varias ideas, hace poco, acerca de la situación del escritor colombiano actual. En mi entender, y después de señalar algunas de las circunstancias negativas que están incidiendo poderosamente en el oficio de escribir, debía llegar allí, como de hecho llegué, a obtener una conclusión definitiva. Y por eso precisé: "nuestro escritor carece de la capacidad de reformar a la nación, en la proporción, claro está, que a él le pueda corresponder". Pero esto fue lo que no se me entendió a juzgar por lo que se escribió en torno a aquellas ideas. Pues incluso hubo quien *a limine* extendió, so pretexto de mi enfoque, una partida de defunción para todos los "hombres de letras" de Colombia. ¡Como si las ideas y las imágenes estuviesen en el tintero o en la máquina de escribir! En esta urgente necesidad que tenemos los intelectuales colombianos de comunicación, debo, en consecuencia, volver sobre el papel del escritor; y esta vez desde las páginas de un boletín afortunadamente ajeno a la vulgar insistencia de la cultura del *development*. Aunque al volver a ello no significa, de ninguna manera, regresar al mismo tema en cuanto repetición de pensamientos antes publicados. No creo hallarme en una situación mental dentro de la cual no tenga otro remedio que repetirme: no me importa, como escritor, lo concluído, la perfección ajena al tiempo, lo insuperable, lo "magistral". Además, y esto es lo que cuenta, el escritor cuya ambición consiste en escribir fuera de la cronología lo hace de este modo porque mentalmente ya está muerto. Permítaseme entonces confesar un hondo deseo, una vehemente ambición. Esta: busco difundir mis ideas en un terreno que en la guerra se llama tierra de nadie; un terreno, ciertamente, difícil y desconocido. ¡Razón de más para afirmarme en él! ¿verdad? Es que desde hace años se me enseñó que risa o llanto, perpetuados, hacen de una cara, careta.

Dejando a un lado esta confesión, que por su rango personal me resulta repelente, yo creo que el enorme problema del escritor colombiano actual se concreta a despejar dialéctica y realmente, esto es, haciéndola de una parte problema intelectual, y de otra, buscándole por todos los medios a su alcance una dimensión real dentro de la presente circunstancia nacional, se concreta, digo, a despejar esta incógnita: ¿puede, sí o no, él contribuir, *en la parte que le corresponde y solo en ella*, en la destrucción de las condiciones más desfavorables del país? Y lo que todavía resulta más comprometedor: ¿puede en una nación tan grávida de nociones unilaterales de desarrollo como Colombia confiársele algún papel efectivo?

Me parece que a fin de obtener una clara comprensión de esta acción, o de echar siquiera una mirada certera hacia el problema que ahora quiero ventilar muy a la carrera, debo determinar por lo menos tres cosas. Primera: que no hablo, al puntualizar escritor, específicamente del poeta y del novelista. O del ensayista. O del historiador. Sino del escritor en superlativo. Es decir, de una solidaridad mental —por subrayarlo así— de la cual participan todos los escritores individualmente, según su ubicación genérica (1) y según su personal capacidad. De este modo unos tendrán mayor representación en esa acción, y otros, por el contrario, menos. Segunda: que a tal acción no se le puede confundir con la del industrial, la del banquero y la del político. De lo contrario se podría argüir con razón que ni el mismísimo Homero fue capaz de torcerle el vuelo, por ejemplo, a la lechuza económica. Ni, ¡oh necesidad de necesidades!, Cervantes de convertir al Rey de las Españas en empresario de fantasmagorías. Tercera: que señalar la negatividad de la difusión de la obra del escritor —poesía, novela, ensayo, drama, historia, etc.—, merced a causas no solo materiales y formales, equivale a cualquier cosa menos a reclamar un reconocimiento de “página social” o el honor oficial. Como tampoco a que se le extraampare con mecenazgos de cualquier índole. Todo lo contrario. Al intelectual, y sobre todo al intelectual que escribe, le conviene cierto grado de hostilidad de la opinión pública; lo mismo que alguna dosis de intolerancia de la autoridad política. El caso de los premios es, en este orden, verdaderamente representativo. ¿Habrá desde este punto de vista algo tan enajenador como un galardón literario? De ahí que antes de uno de los últimos concursos le increpe más o menos lo siguiente a cierto poeta de vanguardia: “me alegraría mucho que recibiera esa distinción como hombre, como persona cercada de necesidades económicas; pero como poeta lo lamentaría. Usted no puede someter su obra de vanguardia poética a cuestiones de sentimiento o a un régimen de opiniones consagradas socialmente y, por tanto, ajenas a un espíritu de creación nuevo”. Es lógico; dentro del seno de la cultura moderna el escritor debe rehuir el reclamo de gracias carismáticas y prestigios espectaculares, semejantes a los que pidió Petrarca cuando se quejó en su famoso verso: “Pobre y desnuda vas filosofía”.

Yo no defiendo entonces ningún abandono, ninguna torpeza, ninguna maroma de circo o de galápago (2) de los intelectuales colombianos, sino lo opuesto precisamente: una acción auténtica del escritor de mi país. Mucho lamenté, en efecto, leer en las páginas de vanguardia de un suplemento literario el alegato de un intelectual basándose en que dentro de la órbita de la actividad particular, o sea en su oficio de ganapán, el escritor

nacional dependía casi siempre de “jefes mediocres”. Vaya, me dije, si por este camino nos fuéramos a extraviar llenaríamos de llanto el cosmos. ¿Cómo es posible entender el oficio de escribir en este momento del actual devenir histórico de Colombia, si nosotros mismos, los escritores, comenzamos por sostener que nuestra misión se reduce a algo así como a espantar beatas y burgueses en traje de bayetón? ¿O a halagarlos?

Nada más remoto, por consiguiente, del relumbrón que la acción del escritor. He aquí, a mi juicio, en qué consiste; pensando, como es obvio, en el presente grado de evolución de la sociedad colombiana. Gilbert Murray ha denominado a esa esfera específica de creencias que, formándose lentamente a través del tiempo y sobre la base del depósito dejado por los sucesivos movimientos de las generaciones —hecho de *aglomeraciones* en vez de sustituciones— “el conglomerado heredado”. Se trata de un embrollo de respuestas en pugna (3) con las cuestiones esenciales que plantea la vida, y no de un arraigado complejo de sentimientos e ideas. Se trata, en verdad, de la confusión espiritual característica de los pueblos atrasados, o, como ahora se piensa, que deben modificar sus estructuras. Porque este es el receptáculo donde toda la cuestión reposa: una serie de prejuicios, de supersticiones, de intereses adquiridos, de seudocapacidades, de mitos que, por encima de cualquier falta de dinero (4), impiden a un pueblo progresar: desde lo material hasta lo espiritual. Y para ser exacto la principal batalla intelectual —o una de ellas, por lo menos— contra esta confusión, que debe darse a toda hora con el fin de extraer de ella algún sentido moral, en el escritor la podríamos llamar su *función* esencial. A primera vista, esto supondría identidad con la idea del “escritor comprometido”. Mas no. Todos los escritores, aún los menos vinculados al deseo de establecer rupturas políticas, se encuentran, cuando son hombres de su tiempo, bajo la plenaria aceptación de ser gentes indóciles, diferentes, combativas frente a aquel conglomerado. Con no poca razón, y para echar por el suelo toda duda, cabría recordar —salvado, eso sí, las edades y las culturas— el caso de Esquilo, quien buscó *en sus obras* la disolución de la confusión heredada de la época arcaica griega. Reléanse las *Euménides*, donde la atmósfera opresiva y fantasmal en que se mueven sus personajes se muestra transformada, por obra de Atenea, en el mundo de la justicia racional.

A lo cual hay que sumar en nuestro tiempo, y para redondear el cariz de aquella acción, el repudio de lo que yo distingo con el nombre de conglomerado imitado. O sea el mismo conglomerado heredado, pero forjado en otras naciones. Es el que, en la forma de una almibarada extranjerización, derraman todos los días sobre el corazón de los colombianos el transistor, la radio, el cine, la televisión, el periódico, etc. En tal cosa consiste, pienso sin titubeos, la acción del escritor colombiano de hoy. Por algo ha dicho, en sentido ya general, Antonioni que el hombre “alienado” de la segunda mitad del siglo XX encuentra únicamente tres caminos: autenticidad, o invención, o mentira. En otras palabras, que ahora —y únicamente hablando del escritor— no se puede “redactar” para los *delicados*, confiriendo a esta noción el alcance que le da San Mateo. No se puede pensar, escribiendo “bonito”, en frases y utilizando un desdoblamiento arlequinesco; porque con ello se oponen herramientas falsas a la

disolución de la conciencia espiritual. Ni hacia adentro ni hacia afuera el escritor contemporáneo puede, absorto en inocencias, escribir para complacer y para instalarse en el sistema de valores imperantes. De lo contrario, ¿cómo reclamarle un pensamiento tenso de hondas urgencias? Por manera que cualquier libro de nuestra época debe evitar por lo menos dos cosas, a saber: el interior de la versión rosa y el tablado del espectáculo. Ahí está, en el escritor auténticamente de hoy —colombiano o extranjero— lo que se debía identificar como el paraclete, como “el despertador del espíritu”.

Tengamos, ahora bien, en cuenta estas ideas para juzgar el libro de Paredes Pardo. Ya es hora de que los libros escritos en Colombia sean mirados sin mohines. Y sobre todo sin trivialismos, o, lo que resulta peor, sin gestos frenéticos y maniáticos. Sin duda en *Colombia, historia y estampas* hay una cosa que resalta ante todo: la claridad de la lengua. Su autor es, como lo tiene dicho todo *connoisseur* de las curiosidades literarias, un gran prosista, cuyas “gracias y galanterías” de estilo colocan muy por encima del fondo a la forma. Y por eso la armonía de la palabra y de la imagen, al recubrir de una abundancia de perfección —la “fermosa cobertura”, que decía Santillana— recobra allí sobre el pensar, y, ambos a una, sobre la realidad descrita. En tal sentido tanto vale, pues, afirmar que Paredes Pardo crea artísticamente esa realidad como que la deforma. Claro está que tal deformación va bien, porque desde Empédocles sabemos lo ingrato que sería un mundo —el concebido por los eleáticos— sólido, rígido, informe e inmóvil. Ciertamente, la negación del cambio hoy no la sostiene sino el burgués; vale decir, aquel tipo humano que ha reducido la dignidad al papel de enviar cada año tarjetas de navidad y año nuevo. Sería, por tanto, inútil intentar negarlo; Paredes Pardo, cultivando una prosa impresionista, tersa, armoniosa, plástica y, por lo demás, horra de sonoridades y repujamientos ultraestéticos, la empata con la tradición literaria colombiana. Que significa escribir casi sin mácula.

Pero esta calidad de la prosa de los prosistas colombianos —perdonándoseme la redundancia— en apariencia tan formal y extrínseca, nos plantea dos cuestiones esenciales. De un lado ella se eleva contra el conglomerado imitado, destacando y calificando de “representativos”, como en el libro de Paredes Pardo precisamente, algunos hechos, algunas inteligencias, algunas entidades, algunas figuras, algunos monumentos nacionales. Como quiera que desde el siglo pasado el escribir bien, ora se hubiese sido neoclásico, romántico o modernista, o meramente “nuevo”, siempre ha ido parejo con el exaltar lo que se conoce con el nombre de “valores patrios”, y, a veces, con el deificarlos según el uso chauvinista —olvidándose de cualquier excepción, si es que la hay. De otro, tanta galanura de estilo (5) ha fomentado una especie de legalismo de la letra, en virtud de la cual se han desorientado las últimas generaciones respecto a la auténtica e ineludible función de la palabra. Veámoslo, con efecto, en uno solo de sus segmentos: en el de la narrativa. Ningún patriotismo podría autorizarnos el colocar los últimos nombres y obras de los escritores colombianos al lado de Juan Carlos Onetti y su *Tierra de nadie*; de Carlos Fuentes y su *Artemio Cruz*; de Julio Cortázar y su *La rayuela*; de Mario Vargas Llosa y su *La ciudad de los perros*; de Sebastián Salazar Bondi y su *Lima, la*

horrible; de Joao Guimaraes Rosa y su *Grande sertao: Veredas*, y, en fin, de Miguel Otero Silva y su *Casas muertas*. A estas horas ninguno de los novelistas mencionados ignora que para *narrar*, aún así sea al vitriolo, el descontento de los vencidos —que no disfrazan la absoluta gratuidad de su propia existencia— bastan la violencia, la dureza, el descreimiento, el “parricidio”, la absoluta imperfección. “Es una mentira lastimosa”: lo evidenciaría el mismísimo Roquetin, este intelectual desilusionado de *La náusea*. Pregúnteseles, sí, pregúnteseles a ellos por qué, y con objeto de conseguir virtualmente lo que ambicionaban, tuvieron que comenzar remozando el idioma. O sea dotándolo de una férrea disciplina interior.

De ahí que a nuestros narradores, aunque describen bien la miseria, el hambre, la suciedad, el rencor y las demás fallas de nuestra sociedad, así como podrían describir si se lo propusieran los factores positivos, les hace falta habilidad verbal para crear la *atmósfera total* dentro de la cual se mueve esa *summa* de positividades y negatividades. No puedo ocultar, con este motivo, que las expresiones con que en otra época pudo haber salido airoso la narración de los escritores colombianos sonarían ahora a frases huecas. La carga de violencia y la deshumanización —para utilizar un giro famoso— de nuestra sociedad no permite el expediente de tranquilizar la conciencia echando mano únicamente una gran prosa. Si no, que lo digan los novelistas contemporáneos del país; quienes, incapaces de superar la situación si se les toma en conjunto y aun aisladamente, están deambulando en un limbo de hipótesis narrativas y de experimentos expresivos (6). Toda vez que el habla “castiza” de sus mayores se convertiría en sus manos en herramientas anticuadas. Ni siquiera el maleable concepto del cuento escapa a esta situación. Es que en la literatura, como en la vida, la lengua no es ni puede ser una realidad fragmentaria, sino un *integrum*. Ella, en efecto, nos indica si un escritor traza una vacía estela de sonidos o, por el contrario, si crea un estado de existencia literaria en que todas las facultades y poderes de la letra son plenamente robustos. Correctamente entendido, en el género de la narración solo el idioma y su desarrollo son reales; y los personajes y sus vidas, simples abstracciones.

Fácil me sería seguir esta meditación. Sin embargo, no se olvide que la hago a propósito del libro de Paredes Pardo. Mas en torno a ella nadie podrá deducir un anhelo de volver al ideal del siglo XIX: a los *hechos*, a *solo los hechos*. O, mucho menos, a que la tarea del escritor se reduzca a la “literatura de alcantarilla” (7). Simplemente, me he propuesto advertir que el idioma es el *integrum* de una obra, como dije, y que si esto es exacto la prosa de un escritor denuncia el sentido físico, la forma y la moral de las cosas de que trata. Y desde luego y ante todo la idea que él tiene de ellas. Por tanto, este libro de Paredes Pardo, que no es una novela, cabe, no obstante eso, verlo desde el ángulo del idioma. Es más: debe vérselo desde allí. Pues en este sentido se puede expresar, y parafraseando aquello de que “el bien y el mal son uno”: prosa e idea del mundo, en el escritor, son igualmente una.

Entonces si a este libro lo observamos desde mis puntos de vista, ¿qué se podría de él sacar en definitiva conclusión? Sencillamente lo siguiente: entre su prosa y la Colombia que nos describe existe una identidad de idealidad. Es decir, que en sus páginas nos hace aparecer, tras

rastrear sus orígenes coloniales, un *nuevo* país —este de 1949 para acá, puntualizo yo— casi perfecto, recamado, quintaesenciado por todos los matices y milagros de un idioma puro. Tal vez ello sea conveniente —y los pasajes vertidos al inglés me lo confirman— en tratándose de ofrecer una visión de lo colombiano al alcance de la mollera roma de los turistas internacionales; o para edificar desde un Tabor de la prosa la imagen de una nación al nivel de los sentimientos inefables. Muy lejos, por consiguiente, nos hace sentir de esa Colombia bronca, lacerada y áspera, que todas las mañanas y todas las tardes y todos los días nos obliga a beber su poción de frenética alteración. Hay ciertamente una manera de ver las cosas con idealidad, y esta es la que se orea en las páginas de *Colombia, historia y estampas*. Como dije antes para el estilo de su autor, allí, en su libro, la vida nacional rebosa seguridad, firmeza, claridad —cosa que, por lo demás, confirma mi *tehoría* sobre el *rôl* estructural del idioma en el escritor. Por esto, se llega incluso a esfumar el aplauso a cierta idea de darwinismo social que en medio de aquel pulimento y ordenación se refracta. ¡He ahí su gran pecado! dirán algunos. ¡He ahí su gran cualidad! arguyo. ¿Por qué? Seamos sinceros: tiene la virtud de plantearnos más interrogantes que respuestas. Mejor dicho, nos obliga a repensar, tomando otros ángulos y factores, en las horas dramáticas y lúcidas del devenir nacional. Al fin y al cabo, Paredes Pardo nos ha ahorrado reeditar la claridad de la impresión.

Y aquí mi meditación se devuelve, cual *bomerand*, a su punto de partida. ¿Será este el momento de entender que una cultura no se puede curar como mera cultura? ¿Será esta la ocasión para que los escritores colombianos, dispuestos a participar en la transformación del país, osen tocar la llaga (8) de los conglomerados heredado e imitado? ¿Será esta igualmente la coyuntura exacta dentro de la cual quepa combatir, al propio tiempo que se reestructura al idioma, su legalismo riguroso? O lo que es igual: ¿la prosa bella, concebida como símbolo de una determinada categoría de cultura, podrá tener algún significado en nuestro comunal futuro étnico?

NOTAS

(1) A mi juicio tuvo razón Fourier cuando reprochó a los filósofos el haber esperado el triunfo de la industria para interesarse en los problemas económicos. Aunque esto no significa desear verlos tan metidos de narices en la vida de un pueblo como los políticos, a quienes —por lo menos en el trópico latinoamericano— les crece la nariz como a Pinocho. Por eso resulta conveniente hablar de una jerarquía de participaciones sociales.

(2) Solo una ética nobiliaria —en nuestra “democracia” blasón de las reinas de todo lo habido y por haber y de uno que otro *menino*— puede garantizar que el privilegio moral y la posición elevada son idénticos.

(3) Citaré apenas un ejemplo. “En los últimos meses —denunció hace poco, para utilizar un verbo con sabor de lectura periodística, Rafael Naranjo Villegas— y en una demostración ciertamente lamentable de lo que es nuestro subdesarrollo intelectual, la prensa ha venido ocupándose persistente y fatigosamente de algunos casos cuya publicidad en verdad no nos enorgullece. El primero es el ‘duende’ de Pereira. ¿Será posible que a estas alturas de la historia, cuando el hombre se prepara a llegar a la luna, exista un estado colectivo de superstición, o de histeria, o como quiera llamársele, que permita creer en tonterías semejantes?”. Y eso, agregó yo, que tales *tonterías* son las menos obstinadas, las menos gigantes.

(4) Al lector interesado en verificar mis raciocinios —que es el que me importa— le recomiendo, en la revista *Business Week*, correspondiente a su entrega de octubre 15 de 1966, la lectura del estudio *Watching the way a giant grows*, que traducido macarrónicamente suena así: *razones fundamentales del crecimiento de un gigante*.

(5) Es, ciertamente, la idea de los puristas: para quienes lo "correcto", frente a lo "incorrecto" o desgreño de la prosa, equivale sin más al estilo.

(6) Necio me parece hablar de la novela colombiana. Y no precisamente debido a que toda obra sea producto de una "creación personal". Esta idea, cuyo rango mental se asemeja a la de cuantos creen que es la muerte del héroe quien le confiere calidad trágica al drama griego, supone que una novela sería idéntica escrita en la tierra, en la luna o en la más remota galaxia. Porque, según ella, el carácter del "creador" no está determinado por la herencia, las glándulas, los orígenes sociales, el *habitat*, etc. Con todo, se debe hablar de la novela colombiana *en hueco*. Pues este hueco, o su situación, representa el hecho de desear hallarse el país "en vía" de su identidad económica, política y social.

(7) Un gran escritor contemporáneo comentó a Gabriel d'Aubarade: "si hablamos del cuerpo y de sus funciones más bajas, es porque no debemos tratar de olvidar que la mente está directamente relacionada con el cuerpo... No es para mi propio regocijo que yo hablo de estas cosas, sino porque en mi opinión un escritor debería ocuparse del hombre en todos los aspectos de su ser". Pues bien: como escritor me identifico con este parecer, y, en consecuencia, mi idea del texto lejos se halla de ser una mojigatería espiritual.

(8) Uno de los periodistas colombianos más "tradicionalistas" y amigo de proclamar "que la vida humana comienza del otro lado de la desesperación", el señor Calibán, escribió en su *Danza de las horas* del 9 de marzo de 1967: "El observador imparcial del actual estado de cosas político, social y económico de Colombia, tendrá que deducir que aquí no es posible ningún cambio ni transformación fundamental, con los estorbos legales, constitucionales y administrativos de que adolecemos. (...) Mientras tanto el desorden nacional, la carencia de coordinación, la burocracia ineficiente, el desempleo y su secuela natural, que es el delito, crecen y crecen"... Luego cualquier visión de esta Colombia de ahora —que se bebe sin ser— hecha sobre la base de que todo es orden, progreso, libertad y satisfacción de anhelos ordenadamente, todo puede ser incluso omnisciencia delfica, menos contribución auténtica del oficio de escribir. Y ello, claro está, en modo alguno equivale a solicitar una "literatura de situaciones extremas" a todos los escritores colombianos.